¿Y DESPUES?*

I.

Los sucesos se precipitan, el desenlace se acerca: el dedo misterioso ¿habrá escrito en la pared las palabras fatídicas? Mientras los vencedores entonan ya el himno del triunfo, y los pueblos se entregan al entusiasmo y alborozo, necesario es dar una mirada al porvenir preguntando: *¿y despues?* Porque despues de haber derribado, es necesario construir: despues de removidos los obstáculos y limpiado el terreno, es indispensable levantar un edificio sólido, regular, acomodado á su objeto, para que dentro de poco tiempo no se vea la nacion en la triste necesidad de derribarle tambien. Que semejantes derribos salen muy caros; y una nacion no puede subsistir en medio de tan crueles alternativas. La administracion se disloca y trastorna lastimosamente, la hacienda se dilapida, la disciplina militar se relaja, el pueblo se acostumbra á la insurreccion, la autoridad se envilece, las ambiciones se desplegan, y con el tiempo.... ¡Ah! las fronteras y las playas españolas, han oido un doloroso adios de tantos y tan diferentes proscritos!.... En el curso de las revoluciones, el observador filósofo descubre un fatal encadenamiento de sucesos formidables; el hombre religioso una serie de espiaciones tremendas: ¿habremos llegado al último eslabon? Dios no nos ha revelado sus arcanos.

II.

Un viagero que abandonó hace muchos años el pacífico techo de la casa paterna, sufre una larga cadena de vicisitudes é infortunios;

* Las reflecsiones que siguen se escribieron á mediados de Julio de 1843, y se publicaron en Barcelona.

con malos encuentros en la tierra y tempestades en la mar, salva con trabajo su ecsistencia merced á su complecsion robusta, á su constancia invencible, á su intrepidez: por fin, habiendo superado los peligros de la mas deshecha tormenta, se halla arrojado sobre una playa solitaria; allí, despues de haber recogido á duras penas algunos restos de su antigua fortuna, se concentra, medita, echa una ojeada sobre los caprichos de su suerte, recorre con plácida melancolía los azares de su vida, acabando por preguntarse: *¿y ahora?*

¡Cuántos cambios, cuántos trastornos desde la muerte de Fernando! La monarquía pura, el estatuto, la constitucion de 1812, la de 1837, dos regencias, diversos sistemas, innumerables ministerios. . . . Se ha destruido todo lo antiguo: ¿dónde están las creencias nuevas? ¿Se ha mejorado la administracion del reino ni de las colonias? ¿ha dado un paso nuestra hacienda? ¿se gloría de un adelanto la instruccion pública? ¿Y continuariamos en tanta mezquindad de pensamiento, en tanta nulidad de ejecucion? Hay un gran pueblo que solo espera una voz para levantarse y hacer prodigios, reconquistando su primitivo grandor; pero esta voz le ha faltado, anda errante, sin guia. ¿Quién se lo dará?

III.

Todavía ecsiste el trono: ¿cómo se ha salvado?

Tal vez los huracanes se desencadenan y barren los bosques de pinos y de encinas; la lluvia cae á torrentes; los riachuelos se convierten en rios, y los rios en mares, las comarcas se inundan, los viejos castillos bambolean, y la vivienda del labrador es arrebatada por la corriente como pequeña góndola que el pescador se olvidara de amarrar á la orilla; una cuna va flotando sobre las aguas, y en aquella cuna hay un niño que duerme tan traquilo como en el regazo de su madre. Así, al fijar la vista sobre las tormentas de la revolucion española, nos hemos figurado á la inocente Isabel, respetada por las borrascas, mecida por la tempestad.

¡Poesía! ¡Oh! poesía, sealo; pero en esa poesía se abriga un hecho histórico y social de la mas alta importancia; en esa poesía viene espresado el fenómeno que revela uno de los mas poderosos sentimientos que se albergan en el corazon de los españoles; en esa poesía está la clave de la situacion, nuestra estrella política: quien la pierda de vista, sumirá el pais en nuevos abismos; quien se guie por ella, lo salvará.

Se lo habiamos dicho, y no lo escucharon; así lo esperábamos, porque bien sabiamos que "cuando las pasiones rugen con feroz bravura, cuando los partidos se disputan la arena con tanto encarnizamiento, difícil es que puedan hacerse escuchar ni siquiera oir los templados acentos de la razon y de la imparcialidad." Mas ¿qué importaba? lo que convenia era decir la verdad: las palabras desoidas tenian un seguro garante que debia justificarlas: *el tiempo.* Para acertar, no siempre es necesario ser profeta: fundad vuestras convicciones sobre principios eternos, y sea vuestra lengua el órgano fiel de vuestro espíritu: este es un talisman muy sencillo, pero seguro.

IV.

A los tribunos de los pasados tiempos, á los paladines de la libertad, se les apareció una vision aterradora. Han salido corriendo de la mansion sombría. Azorados, fuera de sí, gritando: lo vimos, lo vimos! He aquí lo que refieren. Al hombre á quien levantaran hasta la cumbre del poder, al hombre á quien desposaran con la diosa *libertad,* le sorprendieron. . . . habia destrozado á su consorte. Rodeado de los miembros palpitantes de la víctima, desgarrando hojas del pacto que se creyera sagrado, revoloteaban sobre su cabeza genios maléficos, que es fama le fueron enviados de la region de las nieblas. Inquieto, agitado, atormentado por un pensamiento terrible, cuentan que estaba acechando con ávida y devorante mirada, el régio dosel á cuya sombra dormia la inocencia. Recuerdan que son españoles; se horrorizan al ver que el sangriento espectáculo les hace algunas señas, como invitándoles á ser cómplices en la obra nefanda: entonces se estremecen, dan un grito, y qué grito? *¿Dios salve la libertad, Dios salve la constitucion?* . . . . No . . . . *Dios salve el pais, Dios salve á la reina!*

Antes hablábais como hombres de partido, entonces hablásteis como españoles: la nacion oyó el grito, no se curó de quién lo daba. "¿Ois? dijo; nos venden á los estrangeros, la reina está en peligro, corramos; Dios salve el pais, Dios salve á la reina!" El leon de Bailén ha sacudido su melena, y el viento de las bonanzas y del cielo sereno, no disipa mas pronto la huella de la tempestad.

¡Qué cuadro para los corazones generosos! ¡qué leccion para los hombres políticos!

V.

Hemos visto muchos alzamientos; pero ¿quién se atreverá á decir: "yo he visto otro como el presente?" ¿Quién habrá visto mezclados, confundidos, al hombre de las ciudades con el hombre de los campos, al morador de las campiñas feraces, con el habitante de las

hórridas montañas? Solo se vió tamaño entusiasmo en la inmortal lucha contra el capitan del siglo; y es que entonces se gritó tambien: ¡nos arrebatan la independencia! ¡nos han robado el rey! Tambien entonces se decia: "talaremos vuestros campos, destruiremos vuestros hogares:" "*¡qué importa!* contestaba el generoso español: nuestros hogares están en nuestro carazon; nuestra patria estará allí, donde podamos vivir con independencia." Tambien ahora se ha dicho: "incendiaremos vuestras riquezas, arrazaremos vuestra capital, y el entusiasmo ha respondido: pegad fuego á las mechas ¡qué tardais! . . . . ¡Dios salve al pais, Dios salve á la reina!

VI.

Todos saben ahora lo que no quieren; pocos saben bien lo que quieren: en lo primero no hay discordancia, en lo segundo sí; pero en el fondo de todos los espíritus honrados y sinceros, se agita un deseo, que presentado bajo mil formas, y revestido de diferentes colores, viene á parar á una misma cosa: á la satisfaccion de una necesidad que todo el mundo siente, aunque no se la esplique: *gobierno.*

¿Sabeis lo que significa la situacion actual? Os alucinais mucho si pensais que hay entusiasmo por estas ó aquellas personas, que hay predileccion por uno ú otro sistema; la situacion actual, esa agitacion que con tanta fuerza se dirige á derribar lo ecsistente, es la espresion del profundo malestar en que la nacion se encuentra, es la condenacion de todos los ensayos que se han hecho hasta aquí. Hombres apellidados de gobierno, á vosotros os tocaba enseñar á la nacion su camino; pero ella ha tenido que enseñároslo á vosotros: ¿qué? ¿os atrevereis á negarlo, ni á dudarlo siquiera? Ved ahí la prueba. Hasta ahora habíais adoptado nombres esclusivos, os habíais envanecido con ellos cual con nobles blasones: y la nacion acaba de decir: "no quiero mas dictados propios, no quiero otro que el de *españoles,*" el mas lato que se habia oido hasta aquí, era el de *liberales.* Cotejad y juzgad.

"Pero nosotros, direis, hemos levantado esta bandera de reconciliacion, y la nacion acogiéndola con entusiasmo, ha sido dirigida por nosotros:" no es verdad; antes que vosotros enarboláseis la enseña, el hermoso nombre de reconciliacion estaba escrito en todos los corazones generosos, se albergaba en todos los entendimientos pensadores, y se agitaba en el seno de las masas, haciéndolas mas dóciles y suaves, como el aura benéfica que aplaca y estiende sobre su lecho las olas alborotadas. En una revolucion reciente, que quizás no esté bien juzgada, se notó este fenómeno de un modo admirable. La sangre habia corrido en abundancia, los enemigos es-

taban á la vista, las intrigas contra el movimiento eran mas claras que la luz del dia; todo, al parecer, debia contribuir á ecsasperar los ánimos, á irritar los enconos, á crear una situacion suspicaz y perseguidora; y sin embargo, solo se habló de *españolismo,* de *reconciliacion,* de *union:* comparad el Noviembre de 1842, con el Noviembre de 1841.

VII.

No nos hacemos ilusiones con la palabra *reconciliacion:* creemos que espresa un sentimiento hermoso, un pensamiento de alta política; pero no un sistema de gobierno; y quien la adopte por bandera diciendo que basta predicar la *fraternidad* para hacer una obra maestra de política, bien puede asegurarse, que ó procede de mala fé, ó que vive en las poéticas regiones de la fantasía.

El esclusivismo es aborrecido, los partidos son detestados por su perversidad, ó despreciados por su impotencia; los nombres con que procuraban engalanarse á sí propios ó denigrar á sus adversarios, van cayendo en desuso, son mirados como enseña gastada por el tiempo, manchada ademas con polvo y sangre; pero no deja por esto de ecsistir la diferencia de opiniones, la oposicion de intereses; y estos y aquellas saldrán de nuevo á la arena, tan pronto como hayan derribado al que miran como enemigo comun. De aquí la necesidad de pensar en el porvenir, de no fiar la reconciliacion á sentimientos que por generosos, no dejan de amortiguarse tan pronto como desaparecen las circunstancias que los inflaman. Conviene escogitar un sistema que ofrezca garantías de proteccion á todo lo bueno, á todo lo legítimo; conviene aprovechar los primeros momentos, porque la ocasion pasa como un relámpago. Los hombres políticos no deben confiar en esas reconciliaciones de teatro, que se ejecutan entre los aplausos de una entusiasmada asamblea, los brindis de un banquete y las orquestas de un festin. Hállanse tal vez frente á frente ejércitos enemigos; algunos soldados salen de las opuestas filas, se adelantan unos hácia otros, se saludan, se estrechan la mano, se abrazan, comen, beben, danzan en la mas perfecta armonía; ¿sabeis lo que vale tanta cordialidad? un momento despues, cada cual vuelve á estar en su puesto; en toda la línea resuena un recio *quién vive!* y el fuego se rompe, y la refriega se empeña, y la batalla se hace general, y los mismos hombres que se abrazaban, se disparan con encarnizamiento el plomo mortífero, ó se pasan á cuchillo. Fiaos en apariencias (1).

(1) Para juzgar si hubo acierto en la prevision, recuérdese lo siguiente: Revolucion centralista, Olózaga proscrito, Cortina y Madoz en la cárcel, Lopez buscado por la justicia, fusilamientos de Alicante, Hecho y Ansó, Barcelona, Logroño, Galicia, etc.